

tre tanto, oponerse con habilidad, con resistencia pasiva á que se devolviesen á Colon las dignidades y privilegios que se le habian otorgado, y de los que no podian despojarle por ningun concepto.

## Capítulo X.

### Pretextos especiosos.

El rey llegó á identificarse con Fonseca en las cuestiones de las Indias.

Pero la reina insistia en cumplir la palabra que habia dado al almirante, y su esposo, aunque hábil y astuto, necesitaba del auxilio de Fonseca para convencer á la reina, porque no queria disgustarla, hallándose, como se hallaba, enferma y triste.

Colon insistió cerca de los monarcas para que apresurasen su rehabilitacion.

—¿Qué hacer?—dijo el rey á Fonseca.

Fonseca figuró que improvisaba lo que ya habia pensado hacia tiempo.

A las peticiones del almirante contestó el rey en estos términos:

—No dudeis, mi buen amigo, —dijo á Colon, — que

los deseos de la reina y los míos son rehabilitaros á los ojos de los habitantes de las colonias, porque á los nuestros y á los de España entera lo estais ya. Pero las noticias que se reciben demuestran que convienen aplazar vuestra marcha. Bobadilla tiene amigos y adversarios. Estos y aquellos están divididos en facciones, que se disputan palmo á palmo los destinos, el oro, las tierras, todo. Si volviéseis, los que os abandonaron al creer en la desgracia, temerosos de que les castigais serán capaces de colocarse al lado de Bobadilla, y de aumentar las desventuras de la colonia con una guerra civil.

No sois vos el primero que debe reemplazar á Bobadilla. Nosotros le castigaremos por sus abusos; le despojaremos de los títulos que ha usurpado ante los mismos que han presenciado los ultrajes de que os ha hecho víctima; pero ni vos querreis desempeñar el cargo de ejecutor de nuestros designios, porque apareceriais ser entonces el instrumento de vuestra propia venganza, ni conviene al prestigio y á la grandeza que deseo para vos, la mision de poner coto á los desórdenes de los colonos.

Es necesario que os preceda otra persona de confianza y energía; otro alto funcionario que limpie la isla de los rebeldes, de los descontentos, de los miserables que la pueblan, y cuando todo esté en calma, cuando la paz se restablezca en aquellos dominios, vos, que habreis ido á descubrir nuevas tierras para mi corona, recibireis la orden de presentaros á recoger el fruto de la paz.

Las razones que alegaba el monarca eran poderosas, y no podian ménos de convencer á Colon.

En efecto, por nada del mundo queria ser el verdugo de Bobadilla.

La nobleza de su corazon le decia que si se encargaba de semejante mision, tendria que aparecer de nuevo su generosidad como flaqueza de ánimo, como pobreza de espíritu.

Y como al mismo tiempo le ofrecia el monarca darle una escuadra para que emplease el tiempo que tardase en pacificar la isla en proseguir sus exploraciones, halagadas sus esperanzas, cayó en la red que le tendió Fonseca, y consintió, sin formular una sola reclamacion, que se designase una persona para reemplazar á Bobadilla, castigarle y castigar á los rebeldes.

Por insinuacion de Fonseca, que ya de acuerdo con el rey obraba más francamente, se nombró á don Nicolás de Ovando, comendador de Lares y caballero de la orden de Alcántara, para que reemplazase á Bobadilla.

Era Don Nicolás de Ovando hombre que disfrutaba fama de prudente.

Dotado de gran inteligencia, la severidad de su carácter no impedia que rindiese culto á la justicia.

Hé aquí cómo le pintan los historiadores de su época.

«Era de mediana talla, de color blanco, con barba roja y aire modesto, pero imponente.

»Dotado de la mayor prudencia, y con condiciones

para gobernar á muchas gentes, sóbrio en la vida doméstica, y tan humilde que cuando llegó á ser maestro de la orden de Alcántara no permitió jamás que le diesen el título, ni que le hiciesen los honores que correspondian á su empleo.»

Esta pintura favorece demasiado al original.

Los actos de su gobierno son el reverso de la medalla.

Pero por de pronto pareció al rey tal como le pintaban los historiadores, y fué nombrado para reemplazar á Bobadilla.

Fonseca penetraba á través de la apariencia de Ovando, y comprendia que al desempeñar la mision que se le confiaba, terminaria la obra que con tanto afan venia realizando.

A las súplicas que habia dirigido Colon á los reyes para que le facilitasen los medios de emprender su cuarto viaje de exploracion, y empleando el tiempo que tardase Ovando en pacificar la isla en aumentar los descubrimientos, en añadir nuevas joyas á la corona de España, le habian contestado que hasta que saliese el nuevo gobernador no podia dedicar su atencion á las pretensiones del almirante.

Hasta cierto punto, las razones en que se apoyaban para aplazar su marcha eran justas.

Pero conociendo Fonseca cuánto sufría el almirante en la ociosidad, no sólo retardaba la partida de Ovando, sino que se complacia en dar noticia á Colon de los desastres que ocasionaba en la colonia la conducta de Bobadilla.

Comunicándole estas nuevas aparentaba cumplir un deber de cortesía y lograba su objeto, que era el de agravar la desesperacion del ilustre marino.

Por otra parte, cuanto más tardaba en despachar á Ovando, mayores eran los conflictos que habia en las Indias, y como le halagaba la ruina de aquellos países que los reyes de España debian á su enemigo, experimentaba una secreta y profunda alegría.

Pero los buques que llegaban de la Española traian noticias que hacian necesaria la partida del nuevo gobernador, y hubo un momento en el que la reina puso el mayor empeño en que cuanto antes saliese Ovando á poner remedio á los grandes males que la administracion de Bobadilla ocasionaba.

En una de las expediciones parciales habia salido de España para defender la fé en aquellos apartados países un misionero jóven y dotado de gran inteligencia.

Más tarde habia de dejar su nombre á la posteridad con la aureola de la caridad.

Aquel misionero era el padre Las Casas, que fué la Providencia de los indios, que fué su más constante defensor, su mejor amigo, su paño de lágrimas.

Al llegar á la colonia, el espectáculo que presentó despertó la más viva piedad en su ánimo, y á pesar de vivir en humilde esfera, penetrado de los buenos sentimientos de la reina, escribió una carta en la que le dió cuenta del lastimoso estado en que por la conducta de los que mandaban en la colonia se hallaba esta.

Una breve reseña de lo que había pasado demostrará al lector cuánta necesidad había de que Bobadilla fuese reemplazado y de que enviasen á la colonia auxilios morales y materiales para sacarla de la postracion en que estaba.

Bobadilla no se había detenido en la peligrosa senda por donde había empezado á caminar desde el momento en que había llegado á la colonia.

Le hemos visto arrojar en brazos de los rebeldes; le hemos visto colmarlos de beneficios, engrandecerlos, porque su grandeza redundaba en menoscabo de Colón; le hemos visto halagar las malas pasiones de la muchedumbre para adquirir popularidad.

Estos primeros pasos, demasiado rápidos, debían encerrarle naturalmente en el estrecho círculo en que se colocan los que van demasiado de prisa en sus aspiraciones.

A los pocos días de su llegada, reinaba en la isla el desorden, la insubordinación.

En vez de impedir los estragos, los aumentaba con su conducta débil y tristemente conciliadora.

Contemporizaba con todo el mundo; por triunfar del presente sacrificaba el porvenir, y de error en error, de debilidad en debilidad, llegó á formar el caos en torno suyo.

Desmoralizados los colonos, para obtener algo de ellos tenía que halagar su codicia y vender las granjas y heredades de la corona para dar á entender que no querían los reyes enriquecerse, que su único deseo

era que los descubrimientos redundasen en beneficio de sus vasallos.

Amplió el permiso que había concedido á todos para que pudieran explotar las minas libremente, y rebajó, como ya se dijo, la contribucion de los colonos, que consistía en la tercera parte de lo que recogiesen á la undécima.

Pero como no tenía que contentar únicamente á los que estaban á su lado, como necesitaba justificar todas las medidas que tomaba á los ojos de los reyes, como quería aparecer en la corte como más inteligente, como más activo que el almirante, necesitaba enviar crecidas cantidades de oro á España, y de este uso nació la persecucion más odiosa, más indigna, más infame que hasta entonces había experimentado los pobres indios.